

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Catolicidad y Mundialización
<i>Cardenal Jean-Marie Lustiger</i>	5	La Iglesia, experta en mundialización
<i>Carlos Schickendantz</i>	10	Entre ecumenismo y globalización.
<i>Alberto G. Bellucci</i>	26	Sentido, proyección y límites de la globalización cultural
<i>Oscar Caeiro</i>	37	Universalidad de las grandes obras
<i>Florian Pitschl</i>	50	¿La metafísica al final de la posmodernidad?
<i>Nicolas Baverez</i>	57	La Dialéctica de la Mundialización desde el norte.
<i>Ludovico Videla</i>	66	La Mundialización vista desde el Sur I
<i>Carlos Hoevel</i>	76	La Mundialización vista desde el Sur II
<i>Armando Isasmendi</i>	91	Mundialización y Región
<i>Heinrich Beck</i>	104	Razón y Fe

La Iglesia, experta en mundialización

*Cardenal Jean-Marie Lustiger**

Hablamos permanentemente de mundialización. Pero ¿tenemos un verdadero concepto de ella? Si se tratara de la relación entre bienes y personas, no necesitaríamos esa palabra. Porque, en principio, todas las sociedades establecen una comunidad, un comienzo de mundialización, en cierto modo, cuando obligan a que cada individuo salga de su ámbito limitado para ponerse en contacto con otros individuos y en situación de intercambio con respecto a ellos. Se dirá que la diferencia estriba en que la mundialización no se limita a tal o cual sociedad, sino que sobrepasa todas las fronteras, todos los límites históricos y todas las características sociológicas, y tiende a englobar la totalidad de los cuerpos sociales en una sola entidad.

Esta globalización sin límites no basta, sin embargo, para definir la mundialización. Porque no se trata solamente de una ambición cuantitativa, sino cualitativa: la acumulación de intercambios, capitales, productos y hombres, interrelacionados de este modo, pretende también, y sobre todo, hacernos acceder a un “mundo”. La mundialización no sólo cubre todo el planeta de hecho: aspira a redefinirlo de derecho como una “aldea única”. Se propone inaugurar una nueva era de nuestro mundo comprendiéndolo, reorganizándolo y edificándolo según la interacción generalizada de todos sus miembros. En una palabra: la mundialización no se reduce a una socialización que se extiende a las dimensiones del mundo, sino que ambiciona una visión global del mundo. Aquí es donde surge una pregunta inevitable: ¿qué concepto de “mundo” pone en práctica, conscientemente o no, la mundialización?

Señalemos ante todo que el “mundo” de la mundialización es diferente al de la simple socialización de las sociedades constituidas por Estados. La socialización siempre se produce según las pautas (más o menos pacíficas y legalizadas, no nos detendremos en eso ahora) de un Estado y de ciertas reglas políticas.

* Arzobispo de París.

En cambio, la mundialización, tal como se está produciendo frente a nosotros, se caracteriza por su transgresión de los límites políticos y las fronteras de los Estados y, por lo tanto, por su carácter en primer lugar apolítico, pero también económico y comercial. El Estado se manifiesta a través de leyes; la mundialización, a través del intercambio y el transporte. En esa abstracción de lo político reside la fuerza de la mundialización: ningún régimen, ni siquiera uno totalitario, puede oponer resistencia, con el tiempo, a la presión y las imposiciones de la economía, que actúa como una marejada que ninguna tierra puede detener.

Pero en esa abstracción reside también su dificultad propia: la mundialización no está dirigida ni normada por una decisión política, que pueda ser explícitamente ratificada por los interesados (o las víctimas). Los individuos involucrados no son sus sujetos (políticos, de derecho), ni sus verdaderos protagonistas. Aún cuando sean sus beneficiarios, la padecen, o al menos sienten que la padecen. La mundialización se extiende mediante reglamentos negociados (*Uruguay Round, Kennedy Round, etc.*), pero no mediante decisiones políticas, ciudadanas, explícitas, ratificadas por los pueblos.

Esta deficiencia, evidente en el caso de las negociaciones comerciales mundiales —efectuadas por administradores, banqueros y tecnócratas—, explica el escaso éxito de los esfuerzos de la Comunidad Europea, por ejemplo, para suscitar por vía electoral una conciencia política común en sus habitantes. Algo que fracasa en un conjunto relativamente homogéneo, bastante unificado ya, y además rico y poderoso, ¿cómo podría tener éxito entre regiones tan diferentes como África y Asia, las dos (o tres) Américas?

Las aporías de la mundialización deben tomarse seriamente en cuenta, sobre todo si se pretende justificar su movimiento de conjunto.

- Se trata, en primer lugar, de un hecho impuesto (a los consumidores), no decidido (por los ciudadanos); por lo tanto, ignora el terreno político. La difusión de las informaciones, Internet y el correo electrónico, sirven mucho más para vender, comprar, intercambiar información, que para la discusión política, la vida democrática, las tomas de decisiones colectivas, etc.

- La mundialización así entendida no toca a la persona en su centro (la voluntad libre, el poder de decisión, la iniciativa propia); no fortalece la autoconfianza de su beneficiario, sino que amenaza debilitar su polo de identidad. En particular, la normalización de las condiciones de acceso y de intervención en la o las redes, alimenta la sensación —justificada— de que cualquiera podría reemplazar a cualquiera.

- El efecto más flagrante de todo esto es la desaparición al menos tangencial de las particularidades de los grupos o los individuos, de tal modo que, al considerarse todo "cultural", la menor reivindicación de una diferencia corre el riesgo de ser caricaturizada como una ridícula "excepción".

Surge así una paradoja: la mundialización pregona su intención de superar las barreras entre naciones y comunidades, para instaurar, mediante el comercio y el intercambio, la comprensión mutua, el respeto por las diferencias y aún la paz. Pero cada vez con mayor frecuencia provoca efectos inversos: el temor de perder la propia identidad en una masa indiferenciada lleva a ciertos grupos (a menudo los más fuertes) a tomar la iniciativa y reconquistar su identidad por todos los medios, incluso violentos. La arraigada necesidad de identidad aflora en todos los niveles: las tradiciones alimentarias, las lenguas minoritarias, los particularismos culturales, la independencia de los países más pequeños, la libertad religiosa, hasta el extremo de cuestionar a veces las más indiscutibles conquistas de la universalidad (las leyes internacionales, la Declaración Internacional de los Derechos del Hombre, etc.). La mundialización puede atenuar, ciertamente, las diferencias en la economía, el comercio y la información (ámbitos en que las redes mundiales funcionan a pleno), pero muchas veces al precio de una exacerbación de las reivindicaciones de particularismos identitarios.

Es fácil, y hasta tentador, hacer caso omiso de esta paradoja: la mundialización será universal y fluida, o no será; las resistencias sólo son provisorias y están condenadas por la historia. Pero para marchar en esa dirección, no sólo habrá que aseverar un improbable "fin de la historia" (un absurdo incesantemente desmentido por los hechos), sino que habrá que entender la misma mundialización como un proyecto imperial, que indefectiblemente desembocaría en un gobierno mundial.

La historia debería suscitar nuestra desconfianza hacia la viabilidad, el precio y la duración de un proyecto semejante. La Iglesia, que posee la mayor experiencia humana en cuanto a duración, no podrá más que mantenerse muy escéptica, vigilante y aún recalcitrante frente a este proceso. Los imperios mueren, y así debe ser. Ninguno duró mil años, y la humanidad los ha visto derrumbarse, a veces en el mismo momento de su aparente apogeo. Desde el imperio romano hasta el imperio bolchevique, la Iglesia pudo verificarlo.

Ante esta deriva prometeica, ¿qué alternativa proponer para que la mundialización logre sus objetivos legítimos? La mundialización debería interrogarse sobre qué clase de "mundo" establece. Lo hemos visto: este mundo se basa en intercambios de información, de capitales y de productos industriales, eventualmente, de modos de vida, pero siempre según la abs-

tracción de la realidad reducida a la economía. Claro que, de acuerdo con su etimología griega, la economía puede entenderse como la administración de la casa, del hogar que habitamos. Pero, en su sentido moderno, la economía –la del *homo oeconomicus*– no sólo hace abstracción de la dimensión política, ciudadana y activa del hombre (la casa es aquí el Estado), sino que además ignora aquello de lo que también hace abstracción el Estado moderno: la especificidad de las culturas regionales y locales, incluyendo el idioma, la función educadora de la familia, la diferencia religiosa.

Empero, el Estado moderno puede iluminarnos en este aspecto: por medio de la descentralización y la regionalización, supo dejar un espacio a las culturas, incluso a las lenguas locales; por medio de la organización plural de la escuela y la política familiar, pudo (o podría) reconocer el papel fundamental de la familia; por medio del laicismo, mantuvo la libertad de elegir y de ejercer la religión elegida. La mundialización abstracta debería, pues, conformarse, incluso autolimitarse, según el modelo que, con dificultad, pero en forma definitiva, ha reconocido el Estado democrático. ¿Esta autorregulación de la mundialización es sólo una expresión de buenos deseos o una posibilidad seria?

La respuesta a esta pregunta dependerá de la prudencia de los gobernantes y los responsables. Pero hay algo cierto: esa clase de regulación es posible, porque ya existe una. Existe en el caso de una comunidad mundializada desde hace siglos, en la que permanecen, cohabitan, mejor aún, comulgan, comunidades de países, lenguas, culturas, niveles económicos y sociales, regímenes políticos absolutamente diferentes y diferenciados, aún con conflictos, cismas y separaciones, pero siempre, en última instancia, en la unidad.

Esa comunidad tiene un nombre, y yo la represento aquí: se trata de la Iglesia Cristiana. No digo solamente la Iglesia Católica Romana, sino la Iglesia de todos los cristianos, divididos en cuanto Iglesias, pero unificados en cuanto creyentes en Cristo, al que se incorporan por medio del bautismo. La existencia mundializada y la experiencia secular de la Iglesia de Cristo no deberían ser vistas como un epifenómeno cultural y cultural, marginal con respecto a las masas involucradas en la mundialización. Sería un error y se perdería un argumento importante en la discusión que hoy nos convoca.

La Iglesia, “experta en humanidad”, como decía del Concilio Vaticano II, es también experta en mundialización. En primer lugar, porque la ha practicado sin saberlo a partir de Pentecostés. Pedro, a la cabeza de los Doce, comprende inmediatamente que debe anunciar la Resurrección de Cristo no a un grupo, sino a todos los grupos: romanos, griegos, judíos de

Palestina y judíos helenizados, habitantes de la actual Turquía, de la actual Rumania, del actual Maghreb, etc. La diferencia de lenguas no fue obstáculo para la mundialización del anuncio. Desde el comienzo, el Evangelio fue dado, de derecho, en forma universal. Y a medida que pasaron los siglos, fue recibido, de hecho, en forma universal.

Pero esta universalidad del anuncio jamás contradujo las identidades particulares de quienes lo escuchaban: desde el comienzo se multiplicaron las lenguas litúrgicas, así como las traducciones de la Biblia (traducciones que en muchísimos casos asentaron por primera vez por escrito dialectos que hasta ese momento eran sólo orales); las Iglesias locales se apoyaron rápidamente en cleros autóctonos, y se arraigaron por inculturación en las más diferentes culturas, a pesar de las tentaciones de poder hegemónico.

La Iglesia ejerce su misión, que no puede ni compartir con otras instancias, ni, desde luego, imponerles. Pero al ejercer su misión, produce un modelo de comunión universal que respeta la individualidad de todos. Que el afán de no confundir las cosas no nos lleve al riesgo de no comparlas. La Iglesia ha logrado, en cierto sentido, una mundialización, un tipo de mundialización. Ese modelo podría ser tomado en serio por quienes se interesan en la mundialización que tiene lugar actualmente, y a veces se preocupan por ello. Indudablemente, no se trata, en los dos casos, del mismo "mundo". Pero se trata de los mismos hombres, de sus mismos deseos, de su vida y de su muerte, de nuestro destino común.

* * * * *

La Croix, 4 de noviembre de 1999
(Traducción: Silvia Kot)